

DE MI ARCADIA BRETONA

«VILLA LA PAGODE» (Finistère)
septiembre de 1907.

—¿Para dónde va?

—A oír misa...

—¿A oír misa dónde?

—En la iglesita de Roscanvel.

Es un domingo... Es una mañana... Rubén Darío queda mirándome pensativo: es él quien interroga desde la habitación donde trabaja; yo soy quien le respondo desde la galería que divide en dos nuestro pabellón de la Pagoda, la casa de Bretona, de la cual él os ha hablado, la residencia de ensueño y paz que tiene el mar delante y jardines en torno y bucólica tierra en los alrededores. En alternativa súbita al oírme, la envidia y la duda pasan por la expresión de su mirada. Y de pronto recuerdo que mi interlocutor es el poeta que al salir del Vaticano escribiera esta confesión: ¿Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó acaso una pequeña ave de fina pluma? No; ni madeja de seda, ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII la que acabo de

tener entre mis dedos, y mi beso sincero se ha posado sobre la gran esmeralda de la esposa que recompensa, con una irradiación de infinita esperanza, la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías...

—¿Pero tendrá usted misa á estas horas?

—Sí; tengo una á las once, y son las diez.

Y la pregunta viene envuelta en una sonrisa de escepticismo, pues el peregrino que besara la gema pontificia, no cree en la devoción del joven sátiro que acaba de llegar en un steamer desde su selva de América, y se asombra de que pueda costearse hasta la capillita de Roscanvel, no siendo para alguna maquinación diabólica... Pero no: Lodi, la mujer que prepara nuestra mesa, y Jean Marie, el hombre que riega nuestros rosales, me han dicho que los domingos hay dos misas en la vecina aldea de pescadores, una por la mañana y otra cerca de mediodía para los fieles que vienen de los predios cercanos. Entonces es como si á Darío le naciese un íntimo deseo de acompañarme; mas la jornada y el sol lo amilanan. Cree en el poder de la oración, y todas las noches al recogerse reza la plegaria que aprendió cuando niño, pero siendo sedentaria y contemplativa su fe, ha perdido los hábitos practicantes, y se concreta á aprobar como muy loable mi empresa.

—Pero ¿se irá usted á pie?

—¡Oh, sí! no es sino media hora de marcha.

—Luego será bien que lleve mi sombrilla—y me alcanza un enorme parasol de tela verde, á cuya sombra salgo por entre los setos de nuestro

jardín, desciendo á la ribera, y emprendo mi camino por la ruta que serpentea entre espinillos é hinojos, á la orilla misma del mar. La rada aparece limpia y sin una vela, pues es día de reposo para las gentes de la costa. Apenas si allá lejos se ve sobre las aguas, el vago penacho de humo de una lancha á vapor que navega de Brest. Arde en el cielo la gloria solar, y su luz resplandece en el éter y cabrillea en las olas. Me sorprende caminando en aquella peregrinación devota para asistir á una ceremonia en la que hace diez años dejara de creer. Pero ¿quién sabe las sorpresas que nos reserva el camino? Y además, ¿quién ha podido ver el otro lado de las Tinieblas, ni oído la voz de la Esfinge, ni sorprendido la desnudez de Isis sin velo? Quizás convenga á veces, ante el hastío de la razón cansada de girar en un círculo sin término, obedecer á las manos bienhechoras que hacen un signo sentimental á nuestras almas, desde el misterio y de la sombra. Y esa mañana, sentado yo en el jardín de La Pagoda, entre un sendero de frusias y madre selvas florecidas, vi un caracol que iba deslizándose con su casa áuestas, sobre mi banco aún húmedo por el rocío de la noche. A fuerza de observar aquel cuerpo viscoso dotado de plasticidad y de movimiento y de vida y de un alma inteligente encarcelada en la carne ciega, que iba tentando con sus antenas el camino, viera en ello la pavorosa imagen de nuestro propio ser; y en un emotivo estremecimiento, comencé á remontar la inmensidad por la mágica escala de mis visiones... He ahí cómo me ha nacido el deseo de oír una misa en Bretaña, más que por un renacimiento de fe, por una

explicable curiosidad sentimental; oirla en medio del campo y junto al Océano, entre un pueblo de ancianas hilanderas y rústicos pescadores, ante alguna tosca imagen embellecida por la piedad de aquellas gentes, y en la iglesia vetusta construída hace ya siglos, con la piedra y madera que manos pías arrancaron á las propias colinas y pinares.

Cuando llegué á Roscanvel, el embarcadero estaba desierto. De allí partía una calle bordeada de chaumières. Era la única de la aldea, y al fondo se divisaban algunos árboles. Como preguntase á un hombre que venía del lado del mar, dónde quedaba la iglesia, éste me respondió que seguirá en dirección á los árboles. A las dos cuadras reconocí la capilla. Era una de esas clásicas iglesias de Bretaña que el libro de Flaubert me había enseñado á amar, pues, como él dice, no tienen la vanidad de las grandes basílicas, y con su campanario y su techo que se esconde bajo los árboles, parecen hacerse más pequeñas y humillarse ante el gran cielo de Dios... Y frente á ella, sentí renovarse por contraste, en mi espíritu, la impresión que poco antes me había producido, en París, mi primera visita á la catedral suntuosa de Notre Dame, en cuyas escaleras de la torre, Hugo encontrara esta palabra terrible:

AN'ANKÉ

Yo había salido de allí con la fantasía dominada por el prodigioso florecimiento de arquitectura que en columnas y arquivadas y agujas y ojivas y bóvedas y ventanas y gárgolas se levantaba á

los cielos como testimonio de la fe y el orgullo de los hombres; pero con el alma desolada—como más tarde en Londres había de sentirla ante la catedral de San Pablo—por el inmenso vacío de piedad que reinaba en sus grandes navés. Eran lugares públicos, atendidos por guías, con horarios y reglamentos á la entrada, con higiénicas ordenanzas en los muros y con rumorosos turistas de Cook—restos arqueológicos de una civilización desaparecida, entregados á la profana curiosidad de todos los viajeros de la tierra, y ausente bajo sus bóvedas el formidable esfuerzo de arte y de amor que contribuyó á levantarlas.

El muro lateral de la iglesia de Roscanvel, terminaba en la torrecita de piedra. Una puerta muy baja, daba salida al atrio sin baldosas. En el atrio jugaban tres rapaces, á la sombra de dos viejas encinas. Los muchachos me dijeron que la misa empezaba, y que si empujaba la puerta podría entrar. Cuando aparecía dentro, en el cuarto semi-oscuro que era la nave, el inusitado suceso produjo algún asombro entre los fieles. El cura terminaba su plática bretona y se dirigía á continuar la misa en el altar. Las mujeres, vestidas de negro, gastaban cofias blancas. Los hombres tenían casi todos la cara afeitada, espesa y roja de viejos marinos. El aspecto del lugar no era halagüeño, y las gentes me miraban con expresión salvaje. En el momento de alzar la hostia, ellos se persignaron, arrodillándose casi hasta tocar las frentes en el suelo; y yo hice lo mismo. Entonces se interrumpió la misa, y el sacristán vino con una bandeja á recoger limosna entre los fieles: los discos de las monedas caían en la bandeja de lata

con tintín farisaico. Como el hombre pasara junto á mí mirándome de soslayo, hice un ademán, él se detuvo, y deposité mi óbolo yo también. Después de esto, la muchedumbre cantó unos coros guiados por el cura. En el intervalo siguiente, un monaguillo, en nombre de otro santo, recorrió la nave haciendo nueva colecta. Empezó el sacristán entonces á tocar la campana con la cuerda que bajaba desde la torre hasta el interior por un agujero del techo. Finalizaba la ceremonia, y la gente comenzó á salir, signándose al llegar á la puerta con el agua bendita de una fuente ennegrecida por los años. En el atrio formáronse varios grupos á la sombra que las encinas ó la iglesia proyectaban bajo los rayos del sol. Luego apareció el cura, ya con su sotana negra y sin los paramentos, á saludar á las parroquianas y palmear á los viejos pescadores; y tras esta eficaz política de su campanario, se retiró diciéndoles que iba á almorzar. El señor cura era uno de esos buenos frailes de litografía, de enorme vientre y rostro plácido. La gente fué dispersándose, pero al ir por el camino, aún se volvían las caras rojas de cofia blanca para mirar al forastero de la sombrilla verde, cuya presencia en la misa—ceremonia para ellos familiar,—fué quizás el objeto de conjeturas durante todo aquel domingo.

Al regresar, Rubén Darío me pregunta:

—¿Cómo le ha ido?

—Mal, le respondo.

—¿Por qué?

—Ha fracasado mi Conversión al Catolicismo.

Y le refiero la misa de Roscanvel...

No hay duda: la Iglesia ha concluído para nosotros. La creencia no es un refugio. Esta va orientándose cada día hacia un utilitarismo sin trascendencia alguna; y la religión, lo mismo en el santuario de la aldea que en la catedral de la ciudad, ha sido contaminada por todas las inmundicias de la época. Sólo en los dominios de la belleza pura se restablece la armonía de las almas y sólo en ellos podrá restablecerse algún día la paz de los pueblos. El enigma de la verdad y el problema de la moral y la disciplina de los espíritus y el gobierno del mundo, todo se reduce ante mis ojos á una cuestión estética. Al oír mi relato Rubén se queda triste y pensativo... Estamos en la biblioteca de La Pagoda, en cuya decoración hay un pequeño Budha traído del Asia por el Conde, cuando era marino, y un boceto de Verlaine «d'après nature», tomado en una noche de bohemía en el Quartier Latin cuando el Conde era pintor. Al oírme Darío, contempla ese retrato, cuya cara de barba recortada, pequeños ojos y nariz sensual, es idéntica á la suya. Como Verlaine, él también ama á Jesús, pero cree, igualmente, en el Dios Pan y en los sátiros y en las puras Dianas de mármol y en las Venus de carne sonrosada. Cree también en los aparecidos y las larvas astrales, y durante la noche arde una lámpara de aceite en su cámara para ahuyentar los malos espíritus de la sombra. Es un espíritu creyente el suyo, pero creyente á su manera, con un poco de indefinido panteísmo y un poco de pagana sensualidad. Lo que del Papa León le impresionara es la gran esmeralda de la esposa y la mano de fina pluma. Ante el vulgar aldeano que es hoy el empe-

rador de la iglesia, no se hubiera acercado seguramente con esa unción dulcísima. El se dice católico, pero lo es sólo como lo eran los artistas y los príncipes italianos del Renacimiento. Y siendo esto verdad, nuestras ortodoxias terminan por ponerse de acuerdo en una común devoción de arte, bajo las disciplinas de la eterna belleza y los goces paganos de la vida...

En cualquier aldea bretona, una taberna es cosa tan indispensable como su iglesia, y al apartarme del atrio de Roscanvel, aquella mañana de la misa, viera una con este llamativo letrado:

Au grand Luxembourg

Entro, y descubro en el salón blanqueado «del gran Luxemburgo», cinco pescadores con las narices como fresas de Plougastel, rojas bajo el entrecejo duro y la boina azul. Tres hermanas atienden á los parroquianos, y una de ellas, gallarda y fresca moza de tempranos abriles, viene á servirme la pócima banal que le pidiera para justificar mi presencia, mientras observo á los rudos hombres del mar que liban su ajeno verde como las olas familiares. La curiosidad se ha despertado también aquí, pues Roscanvel es aldea apacible, sin ruinas, ni castillos, ni grutas, y no frecuentada por los viajeros que prefieren otros lugares de Bretona. Y la joven se atreve á preguntarme:

- ¿Han llegado muchos pasajeros de Brest?
- No sé, mi hija; yo no vengo de Brest.
- Ah, pensaba...
- Vengo de Quélern.

- ¿Del pabellón de los oficiales en el Fuerte?
- No, de Quélern-en-Roscanvel.
- De «La Pagode» entonces...
- Eso es.
- ¿Luego conoce usted á M. de Croze?
- ¿El Conde?
- Sí.
- Vivo con otro amigo en su casa.

El Conde, en cuya casa Rubén Darío y yo vivimos, no es bien mirado en la comarca por su fama de liberal y satanista. No puede perdonarle el clero el haber denunciado en sus panfletos la tarifa de los oficios y sacramentos, ni el haber adornado las paredes de su comedor con figuras diabólicas, ni el haber atacado los hoteles que antes tenían aquí las congregaciones, ni el haber descubierto que si Saint-Hervé y Saint-Yvi eran antaño buenos taurmurgos contra los lobos y la rabia, hoy han aparecido santos nuevos á quienes puede uno encomendarse en el sorteo de las conscripciones militares... Pero, si me comprometo ante los aldeanos este amigo que fué camarada de Jules Bois, bien que también lo fuese de Verlaine y de Huysmans, el nombre de otro amigo me conquistará la confianza de la zagala roscanvelense cuando ella reanude el diálogo con esta pregunta:

- ¿Y usted no conoce á Saint-Pol?
- ¿Al poeta Saint-Pol-Roux?
- Sí, el que vive ahora en Camaret ...
- Lo conozco. Vivía antes aquí ¿no es verdad?
- Eso es. En «la Chaumière» nació Divine.
- Y aquí Coecilian salvó á Mentine.
- Y en esta casa fueron las bodas de Da.
- ¡Oh!... ¿Y querían ustedes á Saint-Pol?

—Las patres, los pescadores, los aldeanos, todos...

—Yo debo ir uno de estos días á visitarlo en Camaret.

—¿Podría usted darle nuestros recuerdos?

—Con verdadero gusto: dígame usted su nombre.

—Yo me llamo María Keraudren, de los Keraudren de Roscanvel...

Al oír estos nombres, acuden en tropel á mi memoria reminiscencias de las obras del poeta. Todas estas cosas grandes ó pequeñas que yo os refiero aquí, son las inspiradoras de sus libros. Fué del primitivo grupo de los simbolistas y del «*Mercur de France*», pero la obscuridad de su obra—á pesar de excepcionales bizantinismos de estilo,—era más externa que intrínseca y estaba más en el prejuicio ambiente que en la propia labor, como sucedió con Verlaine, con Baudelaire y con el mismo Darío. Sus libros tienen nombres esotéricos, pero al abrirlos encontráis en ellos aliteraciones de ola marina, ingenuidad de cantos de pájaro y aromas de hierba silvestre: son modernos y soberbios estuches incrustados de perlas y finos nácares, pero que sólo guardan en su seno flores campesinas y humildes joyas hereditarias. En su libro *La rosa y las espinas del camino*, describe este mismo pueblo de Roscanvel, ú os habla de los crucifijos que hay á la entrada de las iglesitas bretonas ó interpreta «El eco de las cavernas» y el «Misterio del viento». *De la paloma al cuervo por el pavo real*—otro de sus libros,—cuenta recuerdos de familia ó canta «las letanías del océano». En *Les féeries intérieures*—el último de los volúme-

nes publicados,—refiere escenas domésticas de cuando juega con las muñecas de su hijita ó de cuando dejaba la humilde «*chaumière*» de Roscanvel, para irse á vivir á su *Manoir du Boulouts*, el castillo de Camaret que se alza sobre la costa desolada, junto al mar resonante. Nacido en la bulliciosa Provenza es, sin embargo, en la actualidad, el verdadero poeta de la silenciosa Bretaña, cuyos embajadores en la literatura han sido, sucesivamente, Chateaubriand y Flaubert. Mas, prescindiendo de toda comparación intelectual, nadie ha sabido como él forjarse una existencia más sencilla y más bella, ni unir tan diestramente el arte con la vida. Su lira es eólica y el soplo que la hace vibrar, es viento de campo ó brisa marina... De ahí que pueda asociarse el recuerdo de sus libros á una conversación con una aldeana bretona. La «*chaumière*» en la cual ella habla, es la choza donde vivió como un pescador de Roscanvel, y en ella están fechados muchos de sus escritos, algunos más de diez años atrás. Divina y Coecilian son sus hijos, y el otro se llama Loredán, y así pueden los tres aparecer con los propios nombres en los relatos paternos. También es personaje de los libros Da, la criada que cuidaba á Divina, y Mentine es la hija de un batelero de la aldea á quien salvó la vida Coecilian. El muchacho, que es fornido como un marinero, tenía entonces diez ó doce años, y viendo á Mentine ahogarse lejos de la playa, se lanzó al mar y consiguió, nadando, traer á tierra el cuerpo semiagonizante. Este episodio de heroísmo se ha convertido, después, en un cuento que está en el tomo II de *Los Reposorios de la Procesión*, y que termina con estas palabras:

«Oh, bravo pequeño, salido de mí, yo he querido que tu acto ignorado quede en uno de mis libros, para que su sublime ingenuidad le sea propicia, y acaso le haga sobrevivir, á fin de que su recuerdo te proteja y te aconseje más tarde, mi hijo bien amado, sí, más tarde, cuando vaciles como cada hombre á su turno, entre las cobardías humanas y los sacrificios divinos...» E igualmente, cuando me despido de María Keraudren para regresar á Quélern, me acuerdo que los Keraudren pescadores, también figuran en el mismo libro donde el poeta describe «la coupe de göemon en Roscanvel,» y repito los gritos de los paisanos que se saludan por sus nombres, al reunirse después de largo tiempo para la faena anual de sus riberas: ¡ohé Gongard!... ¡ohé Pacific!... ¡ohé Herrou!... ¡ohé Balc'h!... ¡ohé Keisit!... ¡ohé Thomas!... ¡ohé Madec!... ¡ohé Ely!... ¡ohé Monze!... ¡ohé Lecœur!... ¡ohé Kerdoncuff!... ¡ohé Carn!... ¡ohé Pandolph!... ¡ohé Rion!... ¡ohé Bizien!... ¡ohé Postic!... ¡ohé Boussard!... ¡ohé Jaffe!... ¡ohé Le Breton!... ¡ohé Keraudren!...

Saint-Paul-Roux es el poeta que ha sabido hallar la ventura en la simplicidad casi rústica de su vida. En tiempos del simbolismo y de los gestos extraordinarios se firmaba «Saint-Paul-Roux-le-Magnifique», y con este nombre figura en la famosa enquête de Huret sobre la moderna literatura francesa. A pesar de ello, no hay vida más sencilla ni más sincera. Su nombre va en boca de aldeanos y labriegos y pescadores. Como otros escritores de que habla Albalat en uno de sus libros, ha huído del París aciago para buscar la paz de

la Naturaleza. La realidad y el ensueño mézclanse de tal modo en su existencia personal y en su labor literaria, que después de haberlos conocido en sus libros, he encontrado en su casa á Divina, á Cœcilian y á Loredán. Los conocí el día que á Darío y á mí nos ofreció una fiesta en su residencia de Camaret. Aquel día estuvo realmente magnífico. El Manoir du Boulous tiene en sus ángulos cuatro torres de corte medioeval y se entra en él por un salón exornado de objetos raros y fantásticas alegorías. No hay lujo en su residencia, pero todo evoca allí un tropo ó un concepto, y cualquier mente aficionada á soñar, se siente en medio de la opulencia de imágenes. Al entrar en la casa del hombre, reconoceréis la morada de un poeta, del mismo modo que al entrar en la obra del poeta, reconoceréis la confesión de un hombre.

El día de la comida, una fila de menhires del tiempo druídico hacía ante la casa la guardia. Tuvimos durante la mesa orquesta de océano, pues las olas cantaban á los pies del castillo... Decora el friso del comedor una teoría griega que marcha al son del pífono. Hay una estatuita de la tragedia y otra de la poesía lírica, las dos musas que Saint-Pol-Roux ha cultivado. Descubro en el Plafón un cielo raso en cono decorado con plumas de pavo real; y al preguntarle al poeta qué significaba el título de su obra, que aquellas plumas alegorizan sin duda, él me responde: «De la Colombe au Corbeau par le Paon,» expresa la gradación de los temas que forman el volumen, lo que va de lo grato á lo siniestro: la Colombe es el alba, el ave matinal, la flor de lis; le Corbeau es la noche y la muerte; pero pasando por

el Paon que es el mediodía y la vida y el orgullo y la corona del sol... Rubén Darío y yo nos miramos... Su obra no es profunda, pero sí pintoresca y de un gran sentido humano y sincera como su vida. La sinceridad es la condición primera del arte. Saint-Pol-Roux es un Gracián de la Metáfora. Sorprenden á veces sus conceptos, ó sus verbos nuevos—«virvirar» ó «sabactanizar»—pero á la vuelta de la página un soplo agrario os purifica de esos vahos de alquimia literaria. Hace sus libros con pedazos de vida, y así los gestos espontáneos de su vida van siendo capítulos anticipados de sus libros. Si todo esto lo hiciese en París, podría acusársele de «poseur,» pero lo hace en un rincón de Bretaña, donde sólo sus hijos y los pescadores lo ven. De ahí que sus confesiones tienen un acento humilde, y que procura diluir su individualidad en un vasto amor y en un ansia de perpetuidad impersonal. Habla de la confraternidad de las letras, y me llama «su hermano.» Proclama la excelencia espiritual del artista; ama á las gentes sencillas, y envidia la juventud, pues sobre la melena que le cubre con sus aladares las sienes y en la perilla que alarga su cara bondadosa, han aparecido ya las primeras canas. Habla de Hugo, á quien considera no un hombre, sino un elemento de la Naturaleza y cuyas islas de Jersey y Guernesey, glorificadas por el destierro, quedan ahí cerca, al otro lado de ese mismo mar. Habla de la influencia francesa en el pensamiento de América, y someramente se la explico, desde Moreno y los enciclopedistas hasta el actual florecimiento literario en nuestro país. Habla de Verlaine, cuyo nombre está de actualidad por el libro de Lepe-

lletier; de Albert Samain, el pobre muchacho triste que fué su camarada; de Remy de Gourmont, su amigo, quien, según dice, será una de las glorias francesas cuando haya nevado del todo, sobre sus sienes, la corona de canas que tan bien sienta á los maestros... Y al concluir la comida, este hombre bueno y gentil brinda por la República Argentina y por LA NACIÓN, y por el arte de América y por la belleza inmortal. Nosotros le retribuimos con un voto por la obra y por la perenne juventud de la elegante parisiense que es su esposa. Entonces recibimos de las propias manos de ella, el obsequio de «Les féeries intérieures», que acaba de aparecer, con los autógrafos del autor como recuerdo: y otros ejemplares «De la Colombe au Corbeau par le Paon» y de «La Dame à la Faulx», tragedia sobre la muerte, de cuyo prólogo entresaco este párrafo para mis camaradas de Buenos Aires: «Sepamos esperar, oh, poetas de esta generación, la más sincera y la más laboriosa entre las generaciones sucesivas! La victoria, de cuyas alas todavía lejanas, parece que sentimos ya la caricia, se desposará finalmente con nuestra energía, ante la faz del mundo. Sí, mis hermanos, sepamos esperar, fuertes de haber expuesto al sol una belleza que la estolidez humana mantenía en la Caverna de Sombras; y á través de los obstáculos y los prejuicios, trabajaremos hasta que haya llegado la hora de las palmas...» Después él llama á su lado á la joven criada bretona que ha substituido á Da, núbil, rozagante y muy guapa, con su rostro de manzana, bajo la cofia blanca, y poniendo en sus manos una

copa de champaña, le dice: ¡Bebe: tres poetas van á brindar por ti y ante ti que eres la encarnación de la Naturaleza y de la Vida!...

Al regresar, dígole á Rubén Darío:

—He ahí un personaje digno de *Los Raros*.

—Es verdad: No sé cómo no lo incluí en aquel tiempo...—Y al decir «en aquel tiempo,» renuévase en el corazón de mi amigo el recuerdo de la primavera pasada y de la existencia dolorosa. Se acrecienta su admiración por los que han podido encontrar en el mundo la paz propicia á los poetas, la paz que hoy busca y que hallará... Divagamos, oyendo en el alma la voz de los sueños y de las penas, y contemplando desde nuestro coche que rueda por el camino, la llanura del mar... Rubén quisiera á ratos que los poetas no hubieran nacido en miserable forma carnal, sino que hubieran podido sus maravillosas Psiquis, habitar en cuerpos alados ó prodigiosos, inaccesibles á toda humana necesidad y miseria. Yo le propongo entonces la forma del árbol, al que nutre la tierra mientras se abre y florece en la gloria del sol... ¿Y si acaso fuera que el árbol no ama, ni goza, ni sufre?... ¡Ah! entonces el poeta ignoraría la divina voluptuosidad de la angustia, y no podría, inmóvil, abrazar en sus brazos á las hembras desnudas... ¿Refugiarse todas entonces en ciudades lejanas, en quiméricas Estambules, en legendarias Ecbatanas, ó en Tebaidas remotas?... No, tampoco. Volver al seno de los hombres, á pesar de la humana vulgaridad y de la terrena miseria, y fortalecerse y erguirse de alma, y enaltecer has-

ta su nivel á la muchedumbre, proclamando la supremacía del Verbo, y la obediencia del nuevo dogma del Ritmo, que contiene en sí, con la pulsación de la Vida, la ley de la Justicia y la armonía de las bellezas realizadas.